



RESEÑA DE | A REVIEW OF

Laguna Enrique, Martha Elizabeth. *MNBA: El Museo Nacional de Bellas Artes de La Habana y la colección de retratos de pintura española del siglo XIX*. Badajoz: CEEXCI (Centro Extremeño de Estudios y Cooperación con Iberoamérica) y Junta de Extremadura, 2016, 451 págs., 70 ils. ISBN: 978-84-943954-3-7

SARA NÚÑEZ IZQUIERDO
saranunez@usal.es
Universidad de Salamanca

El presente libro, escrito por la profesora Laguna Enrique, es un completo estudio del devenir de uno de los museos más relevantes de las islas del Caribe, dotado con una excelente colección de pintura española del siglo XIX. Se trata de un trabajo exhaustivo, nacido de la tesis doctoral de la autora, que fue dirigida por la catedrática en Historia del Arte María Teresa Paliza Monduate. En el año 2013 fue defendida en la Universidad de Salamanca, donde obtuvo la máxima calificación, y ahora, con este título, sale a la luz parte de su contenido.

En abril de 1913 fue fundado el museo de la capital habanera con un claro sentido enciclopédico, en el que tenían cabida todo tipo de piezas, de manera que fue a partir de la segunda mitad del siglo XX cuando perfiló su especialidad en las Bellas Artes. Como cualquier centro de indiscutible peso dentro de su tipología, el que nos ocupa conformó su colección mediante adquisiciones y donaciones a lo largo de la centuria decimonónica, además de confiscaciones llevadas a cabo tras la revolución castrista en la década de 1950.

La exigua bibliografía publicada hasta la fecha sobre este museo ofrecía una visión fragmentada del mismo, de manera que la doctora Enrique ha suplido las lagunas existentes en el devenir del mismo hasta conformar una completa historia. Para ello, la investigadora ha consultado documentación conservada en numerosos archivos, caso del propio museo, así como el de otras instituciones culturales de la Isla, como el Archivo Nacional de la República de Cuba, el Archivo de Amillaramiento de la Habana Vieja o el Archivo de la Dirección Provincial de Planificación Física de La Habana, además de otros españoles, entre los que cabe citar el de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, el del Museo Nacional del Prado o el Archivo General de Indias, además de

publicaciones periódicas de la época y catálogos de exposiciones que han visto la luz desde 1800 hasta la actualidad.

La abundancia de retratos firmados por artistas españoles del siglo XIX custodiados en este museo justifica la especificidad del estudio desarrollado por la autora. Además, este hecho ha obligado a Laguna Enrique a seleccionar únicamente las obras realizadas sobre lienzo, tabla y lámina metálica, e ignorar aquellas diseñadas en papel, caso de las acuarelas, dibujos y estampas rubricadas por los autores hispanos del citado período.

Los avatares históricos definieron los modos de ingreso y la especialización en esta tipología del fondo pictórico del Museo Nacional de Bellas Artes de La Habana. Hasta 1898 Cuba fue una colonia española y la explotación de las plantaciones de azúcar, café y tabaco propició el asentamiento de colonos españoles y el desarrollo de una oligarquía cubana. Fue así como se gestó un caldo de cultivo para el coleccionismo de obras de arte en suelo cubano, del que da buena cuenta la autora al incorporar los nombres de los principales coleccionistas caribeños, entre los que figuran José Manuel Ximeno y Fuentes, Domingo Malpica y La Barca, Oscar Benjamín Cintas o los Maqueses de Balboa.

Por otro lado, no podemos olvidar aquellos lienzos que fueron concebidos como retratos oficiales de monarcas regentes por aquel entonces a ambos lados del mar Atlántico, destinados a presidir edificios institucionales, y que, finalmente, fueron a parar a este museo. En este sentido, cabe citar los retratos de María Luis de Parma, el de Fernando VII con uniforme de capitán general, el de Isabel II en su época de niñez, el de Alfonso XII como capitán general o el de Amadeo de Saboya, entre otros.

Así, Laguna Enrique analiza en el libro cincuenta y dos retratos que cumplen con las premisas descritas hasta ahora. Del conjunto llama la atención la presencia de nombres como Vicente López Portaña, José de Madrazo y Agudo, José Gutiérrez de la Vega, Antonio María Esquivel, Federico de Madrazo y Kuntz, Vicente Palmaroli González, Mariano Fortuny y Marsal, Raimundo de Madrazo y Garreta, Ulpiano Checa y Joaquín Sorolla y Bastida, entre otros. Este patrimonio permite obtener una idea cabal del discurrir estilístico experimentado en la pintura en lo que entonces era también parte de nuestro país. Así, al igual que lo que sucedió en España, se constata el desarrollo y la transición desde el neoclasicismo al realismo con un notable retraso en comparación a otros países europeos, como por ejemplo Italia y Francia.

El corpus de retratos hispanos del museo habanero pone de manifiesto otro rasgo de la pintura española de la centuria objeto de investigación. Se trata del peso de las escuelas madrileña y sevillana durante los dos primeros tercios del siglo, así como la relevancia de la catalana y la valenciana en la etapa finisecular.

Las obras conservadas en este museo responden a las habituales limitaciones de esta tipología, condicionada, en buena medida, por las imposiciones de los comitentes, quienes, en la mayoría de los casos, se decantaron por fórmulas conservadoras. Del estudio se desprende que los efigiados fueron, principalmente, miembros de la burguesía cubana. En relación a estos últimos, la profesora concluye que su deseo fue imitar a la nobleza y proyectar una imagen que los propios protagonistas consideraron elegante, pero

manifiestamente ostentosa. Más espontáneas son las imágenes de los intelectuales y artistas españoles, caso del médico y político Rafael Cervera, inmortalizado por Joaquín Sorolla en 1899, y del pintor Martín Rico, cuyo lienzo corrió a cargo de Raimundo de Madrazo en 1866, junto a los que cuelgan otros de personalidades de origen caribeño, como la escritora Gertrudis Gómez de Avellaneda, retratada por Esquivel en 1840, o el general Pascual de Zayas y Chacón, pintado por Vicente López entre 1818 y 1820, entre otros.

Uno de los grandes aciertos de esta publicación es la completa información que ofrece de cada cuadro, ya que además de incorporar datos propios de una ficha catalográfica (título, cronología, técnica, medidas y número de inventario, bibliografía, exposiciones en los que ha sido exhibido y el periplo de cada obra hasta formar parte del museo), incluye un análisis y estudio pormenorizado de los mismos, lo que ha supuesto, entre otras cosas, la identificación de muchos de los personajes efigiados que, hasta entonces, carecían de un nombre y dos apellidos.

De este modo, el indudable acierto del libro viene avalado no sólo por lo inédito del tema y la calidad del concienzudo estudio, sino que, además, ha sido el primer ejemplar de la colección dedicada a la publicación de tesis doctorales a cargo del Centro Extremeño de Estudios y Cooperación con Iberoamérica (CEXECI). Por último, en lo que atañe a su diseño, hay que destacar el fácil manejo de la obra y la calidad del aparato gráfico de la misma, siendo muchas de las imágenes completamente desconocidas hasta la fecha.